



CAPÍTULO IX.

I.

ELOGIOS DE LOS PAPAS.

DEJANDO para escritos de más extensión que el presente, las grandes alabanzas que de D. Felipe predicaron otros varones santos que veneramos en los altares, baste copiar ahora los dichos con que varios romanos Pontífices ensalzaron la vida y hechos de tan católico Monarca. Hallándose el Rey Prudente enfermo de gravedad, tuvo de ello tan grande dolor el Papa Gregorio XIII, que ordenó en Roma, por su salud, rogativas públicas; y hondamente contristado á causa de los padecimientos de D. Felipe, reunió Consistorio público de Cardenales, y les dijo: *Mi vida importa poco á la Iglesia, porque después de mí puede haber un Papa mejor que yo. Rogad á Dios por la salud del Rey de España como por cosa muy necesaria á toda la cristiandad*¹.» Y el R. Padre Andrés Mendo, de la Compañía de Jesús, teólogo y escriturario muy celebrado de la Universidad de Salamanca, enseña que el Papa San Pío V apellidó al Rey Prudente *«columna firme de la paz pública y de la Iglesia*².» Otros autores refieren el mismo dicho

¹ Salazar de Mendoza, *Origen de las dignidades seculares de Castilla y de León*, lib. 4.º

² «Publicæ pacis et ecclesiæ fulcrum.» *Príncipe Perfecto y Ministros aiustados.—Documentos políticos y morales en Emblemas*, por el Rdo. P. Andrés Mendo, Calificador del Consejo Supremo del Santo Oficio: Salamanca, 1659 (Documento XIII, pág. 71).

del Santo Pontífice en elogio de D. Felipe, con aquellas tan repetidas palabras: *Es el Rey Felipe de España el brazo derecho de la cristiandad*. De todos modos, frases son equivalentes y que bastan muy mucho para formar idea cumplida de la grande veneración en que le tuvieron los Vicarios de Jesucristo.

No se reducen á lo escrito solamente las alabanzas que en pró del católico Príncipe cantaron los Sumos Pontífices. El Papa Clemente VIII, cuando supo la muerte del Prudente Rey, mostró mucho dolor; juntó también Consistorio, y dirigió al Sacro Colegio estas frases: *«Si en algún tiempo la Santa Iglesia ha tenido ocasión de estar afligida y dolorosa, es en la muerte del Rey de España. Ha perdido en él un singular defensor, y un poderoso adversario los que la persiguen. Toda su vida ha sido perpetua batalla con las herejías y errores. Dos cosas me consuelan mucho, la una el haber muerto con una admirable resignación en la voluntad de Dios, con incomparable paciencia en sus dolores, y con inmutable constancia en la religión. Por lo cual tengo por cierto, que Dios le ha recompensado en el cielo con gloria inmortal. Lo otro que deja un hijo dotado de tantas y tan altas esperanzas, que antes se podrá esperar en él una resurrección del padre, que no una sucesión*¹.»

En las palabras subrayadas podrá el lector hallar la causa principal del odio con que á Felipe II pintan los escritos de sus enemigos y la razón de los elogios que le tributan los Santos y los libros de todo escritor puramente católico y conoecedor de la Historia. El tantas veces citado Salazar de Men-

¹ El licenciado Porreño, *Dichos y hechos de Felipe II el Prudente*, capítulo XIII, pág. 203. Valladolid, 1863. «Dixo mas el Papa: que no avia auido Rey tan Prudente, tan sabio, tan amigo de hacer justicia á todo género de gente por pobre y miserable que fuese, tan paciente y constante en las adversidades..... tan reconocido y que tan bien supiesse usar de las felicidades que avia tenido, tan respetado y temido de sus enemigos, ni quien tan bien supiesse hazer mercedes y repartir lo que Dios le avia dado..... y lo que mas se ha de estimar, tan christiano y catolico que las obras y palabras convenian muy bien al nombre que tenia, y que de esto postrero toda la Christiandad era bucn testigo.....» *Elogio á las esclarecidas virtudes de la C. R. M. del Rey N. S. D. Felipe II, que está en el cielo*, por el Dr. Christoval Perez de Herrera, págs. 178 y 179: Valladolid, 1604.

doza, refiriendo también las anteriores palabras del Papa Clemente VIII, añade que este Sumo Pontífice recomendó á las oraciones del Sacro Colegio el ánima del buen Monarca ¹.

Hay más aún que decir sobre este punto. Si se ha de dar al P. Mendo el asenso que merece, es preciso volver á recordar al Papa Gregorio XIII. Según enseña aquel autor en su *Príncipe Perfecto*, hablando de D. Felipe el dicho Sumo Pontífice exclamó: «*que no se hallaría otro Rey que le igualase*». Y el otro Papa Clemente VIII, de tan santa recordación, admirado de los hechos del Prudente Monarca en defensa de la cristiandad, repasándolos en la memoria, prorumpió con estas frases: «Ha gastado más él solo (D. Felipe) en defender la Iglesia de herejes, que todos los Reyes cristianos juntos» ². Con todo lo cual se echa de ver cómo á los Santos del siglo XVI ensalzando los actos y vida del Rey Prudente, se unen también los romanos Pontífices, con quienes tanto trabajó y se esforzó en la defensa de la verdad y de la civilización católica ³.

Y por no perder de vista el afecto singularísimo con que la Santa Sede correspondía á los buenos oficios y obediencia que Felipe II dispensó á los Papas durante toda su vida, recuérdese ahora un hecho que refieren los historiadores de aquella época. Dicen casi todos ellos, que hallándose D. Felipe en su enfermedad postrera á 16 de Agosto de 1598, mandó llamar al Nuncio de Su Santidad. Éralo entónces en estos reinos D. Ca-

¹ Ni falta quien dice que este Papa, después de recomendar el alma del Rey al Sacro Colegio, afirmó que le pudiera canonizar por sus maravillosas virtudes y singular reverencia para con la Santa Iglesia romana. Libro 4.º de las *Dignidades seglares de Castilla y de León*, por Salazar de Mendoza. Hago mérito de este pasaje de Salazar, para que por él se juzgue cuán alto concepto de D. Felipe ocupaba los ánimos de entónces, cuando llegaron á atribuir al Padre Santo la idea de canonizarle.

² *El Príncipe Perfecto y Ministros ajustados*, documento XIII, página 71, edición de 1659.

³ En una carta que conservo copiada, dice S. Pio V al Monarca de España estas elocuentes y significativas palabras: «Esto es lo que V. M. ruego yo que haga, y pues en poder y religión resplandeceis tanto entre todos los príncipes xpianos, la ayuda que en este negocio hiciere, también ha de ser muy aventajada.....»

milo Caetano. Pidióle bendición pontificia el augusto paciente y absolución plenaria para la hora de la muerte, y habiéndola recibido, dijo con rostro alegre: «Gracias á Dios por este beneficio», y se quedó muy sosegado. A petición del enfermo escribió el dicho Nuncio al Padre Santo para que confirmase y ratificase la bendición y absolución que en nombre suyo había conferido al Rey. Y ántes que espirase el pío Monarca, llegó de Roma la respuesta deseada, confirmando todas las gracias, bendiciones y absoluciones dadas y recibidas. Con lo cual se consoló mucho D. Felipe. «Llegó la nueva, escribe Baltasar Porreño, ántes que Su Majestad acabase la vida: y Su Santidad le otorgó liberalísimamente cuantas gracias, bendiciones é indulgencias le podía dar ¹.»

II.

ELOGIOS DE GRAVES AUTORES.

Un libro entero y de grande volumen se podría escribir sólo con los elogios que á D. Felipe II tributan nuestros mejores cronistas y clásicos del siglo XVI y XVII ². Pero no pudiendo caber en estas páginas, tendrán siquiera lugar en ellas los más principales. Tócale el primer asiento al imparcial y severo cronista Fr. José de Sigüenza, quien hablando de los motivos que D. Felipe tuvo para levantar el maravilloso templo y Monasterio del Escorial, escribió así: «Será bien que se los oigamos decir con sus mismas reales palabras al fundador, que nos manifestó sus pensamientos en el principio de la carta de fundacion de este convento.» Después

¹ *Dichos y Hechos de Felipe II el Prudente*, cap. XIII, pág. 204.

² Quien apetezca leer en un volumen de mucha verdad y antigüedad los elogios del Rey Prudente todos juntos, busque el libro ahora citado del Dr. Christoval Perez de Herrera, testigo ocular de lo que refiere, y verá como cuanto aquí se dice en loor del Rey es sombra si se compara con lo que realmente fué.

de los títulos comunes, sigue: «Reconociendo los muchos y grandes beneficios que de Dios nuestro Señor avemos recibido y cada día recibimos, y quanto él ha sido servido de encaminar y guiar los nuestros hechos y los nuestros negocios á su santo servicio, y de sostener ó mantener estos nuestros reynos en su santa fe é religion y en paz y justicia. Entendiendo con esto quanto sea delante de Dios pía y agradable obra y grato testimonio y reconocimiento de los dichos beneficios el edificar y fundar iglesias y monasterios, donde su santo nombre se bendice y alaba, é su santa fé con la doctrina y exemplo de los religiosos siervos de Dios se conserva y augmenta, y para que así mismo se ruegue é interceda á Dios por nos é por los reyes nuestros antecesores é sucesores, é por el bien de nuestras ánimas é la conservacion de nuestro Estado Real.... É porque otro si nos avemos determinado cuando Dios nuestro Señor fuere servido de nos llevar para sí, que nuestro cuerpo sea sepultado en la misma parte y lugar (del Emperador y de la Emperatriz), juntamente con el de la Srma. Princesa Doña María nuestra muy cara y amada muger, que sea en gloria.... Por tales consideraciones fundamos y edificamos el Monasterio de San Lorenzo el Real, cerca de la villa del Escorial en la diócesis y arzobispado de Toledo, etc.»¹.

Por esta carta y lenguaje del Rey Filipo, copiada del Padre Sigüenza, puede admirarse y tener noticia el mundo de los pensamientos santos y levantados que llenaban el pecho del Monarca en los años precisamente en que las citadas Relaciones Venecianas le ofrecen como entregado á vicios torpes y dando motivo á escándalos y anécdotas en la Corte. No son palabras las arriba transcritas concebidas, ni dictadas por corazón envuelto en adulterios y materia, sinó nacidas de alma limpia, que trae en ciernes altos pensamientos y el plan grandioso de levantar á Dios un templo admirable y de tanta magnificencia como es el Escorial². Y añade más el Rey al final

¹ Libro 3.º de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, discurso primero, pág. 534, edición de Madrid, 1605.

² En la segunda parte de este escrito examinaremos el fundamento flaco en que descansa este punto de la conducta privada del Rey, ligera y vanamente maltratada en las Relaciones de aquellos embajadores.

del documento, esto es: «E demás desto avemos acordado de instituir y fundar un colegio en que se enseñen y lean las Artes y Santa Theología, y que se crien y instituyan algunos niños á manera de Seminario.... Todas las cuales obras esperamos en Dios serán para su santo servicio, é de que se conseguirá é resultará mucho fruto é beneficio al pueblo cristiano....» Con harta y clara luz se ve en estas otras palabras llenas de unción y de piedad, que el ánimo de quien las enunciaba y escribía debía de andar muy apartado de las torpezas animales de la carne que se le imputan¹.

Igualmente por aquellos años de 1560, 1561, 1562 y 1563, que forman el corto período en que se atribuyen á D. Felipe vicios que no tuvo sinó en la fantasía de sus enemigos, escribía el mismo Rey otras cartas al *Devoto Padre Vicario* de Guisando Fr. Juan del Colmenar, de la Orden de San Jerónimo, por las que aparece mucho el fervor y la devoción con que emprendía la obra gigantesca de San Lorenzo. Y á cada paso, durante los dichos años, lo presentan los autores no dando lugar á anécdotas escandalosas en Madrid, sinó de todo punto ocupado en aquel entonces desierto del Escorial, viendo desenmarañar y quitar malezas, desmontar terrenos y abrir zanjas para asentar los fundamentos de su Real Monasterio. En el año de 1563, después de indicar el P. Sigüenza, con su lindísimo estilo, que los Reyes y protestantes de Alemania y otras heréticas naciones reprobaron el Concilio de Trento precisamente entonces terminado, dice: «Abrazóle con suma reverencia Filipo II, Rey de España, y para confirmacion y guarda de sus estatutos y dogmas puso la primera piedra de un alcázar y templo de San Lorenzo, donde se habían de eternizar y obedecer para siempre. Quiso también el prudentísimo Príncipe que hiciese luego un hospital donde se curasen los peones y

¹ No hay ya duda, consultados libros y manuscritos escurialenses, que además de los motivos habidos por el mismo Rey para edificar la Octava Maravilla del mundo, tuvo asimismo en el pensamiento levantar, no solamente un templo á Dios y sepulcros reales, sinó un gran semillero y arsenal científico literario de donde saliesen, tiempo andando, hombres sabios y armas bien templadas para debelar en las partes del Norte los muros del error.

otra gente pobre que trabajaba en esta fábrica, y primero los proveyó á ellos deste socorro y abrigo que á sí mismo de aposento»¹. Donde se muestra más y más la nobleza de sentimientos y limpieza de costumbres de D. Felipe².

Hablando después el celebrado cronista de San Jerónimo de cómo el hospital improvisado allí por el católico Monarca llegó á tener más de sesenta camas, donde el pobre trabajador era muy bien servido y con regalo medicinado, da idea de la piedad y amor del Rey para con el pueblo. Oigámosle de nuevo: «Considerava *el Santo Rey* que esta no era gente forzada ni pagana..... sino christianos que aquí con el sudor de su rostro ganavan el sustento de sus vidas; *mirávalos como á propios hermanos, no permitiendo que los importunos sobrestantes los sacassen de su passo, sino que fuese lo que ganavan más limosna que jornal*, como en la verdad lo ha sido siempre y aún es la causa de que la obra, como tan acepta á Dios, haya tenido tal fin»³. Contento da ver en estas antiguas crónicas retratada la figura de Felipe II por historiadores de tanto peso y autoridad, apellidándole *Santo Rey* nada menos que un escritor tan imparcial y severo como el Padre Fr. José Sigüenza. Todos recuerdan cómo este monje, lejos de adular, huía el cuerpo al Rey, en-

¹ Libro 3.º de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, pág. 547, edición de 1605.

² Hay que tener muy en cuenta que el Rey Prudente viajaba siempre con su confesor y otros doctores eclesiásticos, que seguramente no le perderían de la vista, ni mucho menos le dejarían caminar por sendas de perdición. Y porque se vea que también por aquellos años dichos en el texto no vivía apartado de los directores de su conciencia, débense apuntar las siguientes palabras del autor, tan juicioso como verídico, de la citada crónica: «Partió de Madrid (D. Felipe) acompañado con los cavalleros y criados de su casa que hemos dicho, *trayendo tambien consigo á D. Fr. Bernardo de Fresneda su confesor*, Obispo ya á esta sazón de la iglesia de Cuenca, religioso de San Francisco, y á Fr. Francisco de Villalva, su predicador, professo de San Jerónimo de Zamora: llegó al Escorial y determinó que el día de San Bernardo, 20 de Agosto de 1563, se assentasse la primera piedra.» (Libro 3.º, pág. 545.)

³ Libro 3.º de la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, Discurso III, pág. 548: Madrid, 1605.

contrándose con él todo lo menos que podía; cosa que varias veces le echó en cara S. M.

En la misma crónica de San Jerónimo se describe con envidiable galanura la casilla-oratorio humilde en que los religiosos celebraban los divinos oficios, mientras se alzaban aquellos muros de diez y seis piés de ancho que habían de sostener la fábrica. Y después de referirse allí cuán pobre y estrecho era todo ello, se añade: «Acudía algunas veces desde el Pardo (el Rey), que como estava cerca quando no catavan le vehian allí con cuatro ó cinco cavalleros no más, aposentábase en casa del cura, y sentábase en una banqueta de tres piés, hecha naturalmente de un tocon de un árbol, que la vi yo muchas veces, quando iba á oír Missa á esta capilla que dixen; porque estuviese con alguna decencia le rodeaban la silla con un pañuelo francés, que era de Almaguer el contador, que de puro viejo y deshulado dava harto lugar para que le viessen por sus agujeros. Desde allí oía Missa, y podía bien, porque estava todo tan estrecho, que Fr. Antonio de Villacastin, que servia de acólito, hincado de rodillas, llegaba con sus piés á los del Rey»¹. Y todo esto, repito, sucedía cabalmente por los años en que muestran al Rey sus enemigos metido entre repugnantes y adúlteros amoríos.

No ardía entonces en el pecho de D. Felipe otra llama, sinó la de buscar gloria á Dios y cultivo al saber para los siglos futuros. Desde su vuelta de Flandes, que fué en 1559, sólo pensaba no en dar escándalos en la corte, sinó en levantar el famoso templo escurialense y eternizar allí el servicio divino y el estudio de todas las ciencias. En prueba de ello escribe Sigüenza: «Desde sus principios tuvo intento nuestro gran fundador, que en esta su casa hubiese exercicio de letras, no sólo humanas y filosóficas, sino también theológicas; así de las que se llaman de escuelas, como de las positivas y Escritura sacra»²; ó lo que es igual, que la mucha piedad de D. Felipe no apagaba, sinó que encendía el fuego de amor que siempre profesó á todas las ramas del humano saber.

¹ Sigüenza, libro 3.º de la *Historia de San Jerónimo*, pág. 540.

² *Crónica de la Orden*, lib. 3.º, pág. 554.

Es también elogio grande de Su Majestad recordar que en 1566 y 1567 andaba negociando traer á Madrid la Abadía famosa de Parraces, cinco leguas de Segovia, queriéndolo asimismo el Abad y sus canónigos observantes de la regla de San Agustín. Mas para aprovecharse D. Felipe de los deseos de aquella comunidad religiosa, determinó dejarla unida y aneja al monasterio de San Lorenzo; lo cual por justas razones se hizo en el dicho año de 1567¹. Pidió y obtuvo para ello Bula de San Pío V, y «vino cometida la anexión al Nuncio y al Obispo de Cuenca. Hechos los autos requisitos, la concluyeron y tomó la posesión el P. Fr. Juan del Espinar el año 1567 á tantos de Henero»². Y en este mismo año, no en Madrid, sinó en el Escorial, apartado de malas sendas, y sólo atento á buscar buenos profesores de sabiduría divina y humana, daba el primer paso conducente á la formación de una milicia, que defendiese los dogmas de la fe católica y destrozase por completo las huestes de Lutero, de Calvino y del impúdico rey Enrique VIII de Inglaterra.

«Celebróse, dice Sigüenza, *este mismo año* Capítulo general en nuestra Orden; entre otras cosas que veremos luego, pidió en él Su Magd. enviase allí 24 colegiales, doce para oír Theología, y otros tantos para comenzar á oír el curso de Artes. Tenía ya provehidos tres catedráticos; dos para leer Theología Prima y de Vísperas, y otro para dar principio á las Artes. Quiso que también hubiese un seminario ó colegio de Gramática donde se platicase lo que havia ordenado el Santo Concilio de Trento en la Sesión 23 y animar á los Obispos á la ejecución de ella; estos fueron otros 24 muchachos de 12 años arriba; dióles dos maestros, uno que llaman Preceptor y otro Repetidor para la Gramática y la Rethórica; y para las buenas costumbres ordenó que los governase un religioso, qual el Rector deste Colegio quisiese, para que juntamente lo deprendies-

¹ Para llevar á cabo su intento D. Felipe, que era el de allegar para su colegio nacientes hombres sabios y virtuosos, «alcanzó Su Majestad otra Bula del Papa Pío V, por la cual annexó al monasterio de San Lorenzo esta Abadía». Libro 3.º de la *Crónica* del P. Sigüenza, página citada.

² Sigüenza, *Crónica* y página citadas.

sen todo letras, costumbres, canto y todo lo que toca al culto divino»¹. No en modernos escritores, sinó en las crónicas contemporáneas al católico Rey, se han de estudiar los pensamientos y la vida pública y privada de S. M. durante la decena de años en que se le pinta como víctima y esclavo de malas pasiones. El P. Sigüenza, testigo de lo que refiere, declara sin rodeos que D. Felipe II entonces tenía todo su corazón puesto en rendir tributo á Dios y á las ciencias.

III.

OTROS ESCRITORES.

No podía menos de ser así: uno de los libros más notables en la forma y en el fondo de cuantos se escribieron en el siglo XVI, fué dedicado «á la Cathólica Majestad del Rey Don Felipe nuestro Señor.» Me refiero á *La Guía de Pecadores del Venerable Padre Fray Luis de Granada*, que se imprimió segunda vez en Salamanca en casa de Foquel, año 1587. La dedicatoria, mirando bien la pluma de donde nace y el inmortal escrito que se dedica, viene á ser uno de los buenos elogios que se pueden presentar para loa de D. Felipe. Después de indicar al Monarca el venerable y elegantísimo Granada, cómo algunas personas insistían mucho en que imprimiese varias «escripturas suyas en forma mayor», añade estas frases: «Mas para este efecto parece que no avrá otro medio más conveniente que dedicarlos á V. Majestad, porque desta manera *con el resplandor y amparo de su real nombre serán ellos mas perpétuos...* y allende desta razon... y por cumplir yo en esta parte lo que debo (reverencia y acatamiento al Rey), perdonará V. M. el atrevimiento de aver querido ofrescerle este tan pequeño servicio y tan indigno de su real grandeza. La cual Nuestro Señor conserve y prospere por muy largos tiempos para gloria de su Santo Nomi-

¹ Sigüenza, lib. 3.º pág. 555 de su *Crónica de la Orden de San Jerónimo*.